

Cuba: Poder blanco en un país negriblanco

¿Finalmente, llegan los negros al poder en Cuba?

María I. Faguaga Iglesias
 Historiadora y antropóloga
 La Habana, Cuba

Sí, ahora preocupamos los negros en Cuba, y tanto que corren a reponernos y reforzarnos las talanqueras. Preocupamos los negros y las negras, quizás nosotras más que aquellos, nuestros hermanos de raza, cultura e historia. Quienes lo duden, que se detengan a contemplar las imágenes de los recién nombrados miembros del Comité Central del Partido Comunista, con una proporción repentinamente rampante de negras y negros, muchas más de ellas que de ellos.

De súbito, en un país funcionando históricamente a bandazos, el blanco-criollo poder castrosocialista, en su ancianidad psicológica y en su agonía política, descubrió con asombro nuestra ausencia y, ¡zaz!, decidió incorporarnos, selectivamente, por supuesto que atendiendo a la lealtad e incondicionalidad, no a nuestra gente negra ni a su historia de luchas, no a nuestra sociedad multicolor y culturalmente mestiza, no con el pasado, presente y futuro de nuestra nación, sino con las ideas y proyectos del ruinoso régimen. ¡Lástima de quienes se aprestan al juego! ¡Lástima! Sin que de estos importe el color, pero, mucho, mu-

chísimo más, si son negros y negras. Lástima, cuando no desprecio, porque eso inspiran las marionetas y los serviles.

Motivan pena los padres que no dejan crecer a sus hijos. Provocan desprecio los amos que no asumen el reto que les impone la lucha de los siervos por su liberación. Se atraen la repulsa los gobernantes divorciados de la realidad de sus pueblos. Hay que coincidir con el general presidente. Ciertamente, es una vergüenza que demoraran cincuenta y dos años los dirigentes que se dicen revolucionarios para notar la aplastante ausencia de personas negras y de mujeres entre ellos. Tan vergonzosa, como reprochable y repulsiva es la actitud políticamente oportunista de imponernos, ahora, unos y unas dirigentes de nuestra raza que muy dudosamente podamos contar como representativos de su sector etno-racial de origen, aun si, desconociendo particularidades de esas personas, con extremo cuidado pretendiéramos dispensarles con un muy limitado favor de la duda.

El gobierno ha pasado décadas de espaldas al mundo; con visible inmadurez y testarudez política ha pretendido verle a su an-

tojo. Entretanto la globalización desatada con la modernidad europea y que se nos impusiera a los americanos, junto al desenvolvimiento de la propia sociedad cubana, incluso entorpecida en su movimiento natural y fracturada en su fortaleza endógena, prosiguen en curso, pues las leyes de la historia no entienden de arbitrariedades y tarde o temprano se manifiestan *per se*.

Los hermanos Castro y el racismo antinegro

Unos dirigentes fundamentalmente blancos-criollos no podían mirar sino con sospechas y/o desaprobación las grandes batallas libradas en los años 60 del siglo pasado por el pueblo afroestadounidense, exigiendo la consecución de sus legítimos derechos civiles. No podían comprender que las gestas emancipadoras africanas rebasaran la lucha de clases ni que para esos pueblos la solución no estuviera en el marxismo. No les ha interesado distinguir ni apoyar la lucha de los afroamericanos de cualquier latitud por alcanzar el espacio que les / nos corresponde en el desenvolvimiento de nuestras naciones. El relativo apoyo ofrecido al Partido Panteras Negras estaría obediendo más a la lógica de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, relacionada con el diferendo Cuba-Estados Unidos y no con la causa etno-racial.

Con la mirada puesta en el extinto campo socialista, de situación demográfica y cultural tan raigal y radicalmente diferenciada de la cubana, los gobernantes en la Isla no alcanzaban a ver la propia realidad de su país ni conseguirían situarse atinadamente dentro de ella. Pero: ¿les interesaba verla? Y de mayor interés: ¿les interesaba enfrentarla? La expulsión de su territorio de los dirigentes cívicos afrocubanos y de la intelectualidad afrocubana más activa, como la negativa a abordar el tema negro en su integralidad, a lo que hubiese obligado

el intentar abordar el tema etno-racial, por alrededor de cinco décadas, alternativamente o a la par conscientemente postergado, silenciado o rechazado, indican que no ha existido voluntad política en el gobierno de los Castro para desafiarlo.

Incompatible con un orden social que han declarado «de los humildes, por los humildes y para los humildes», cómoda e indiferentemente asentaron las bases de su poder sobre la intolerancia, la opresión y la represión, también de orden etno-racial, convirtiendo la jerarquización racista en una de las armas a su favor. Tempranamente arremetieron contra las sociedades negras, los *rastafaris*, el grupo de artistas e intelectuales organizados en El Puente..., símbolos de la independencia de pensamiento y de acción de la población afrocubana.

La población negra-mulata continuó malviviendo en las peores condiciones y han sido muy escasas nuestras posibilidades de movilidad social ascendente. No es casualidad. En la Isla, entre quienes han venido llamando la atención al respecto, prácticamente ninguno es blanco. Ninguno de los que hicieron el llamado de alerta participa de ese recién nombrado Comité Central. Por lo menos deberíamos detenernos a pensar al respecto.

Pese a que oficialistas intelectuales negros pregonan lo contrario por el mundo y en los escasísimos y coyunturales espacios de ensayo o simulación de debate internos, está claro que el color de nuestros dirigentes es fundamental, pero necesitamos color con conciencia, conciencia con acción, acción con resultados visibles y trascendentemente positivos.

Nada de eso nos será garantizado mientras nuestros dirigentes, de cualquier color, no sean libremente elegibles y elegidos por nosotros y, en consecuencia, podamos exigirles resultados en el desempeño o someterles a la censura y aún a la remoción. No se trata de

exigencias de democracia racial como se vociferaba en algunos espacios exteriores, sino de democracia en su totalidad, cual debe ser o no es tal. No se trata de construir una nación negra, como insidiosamente han venido sosteniendo algunos intelectuales, sino de construir por fin la tan necesaria nación cubana, plena, verdaderamente integrada e integradora, esa que nos corresponde y, por tanto, estamos históricamente llamados a ser.

No necesitamos figuras negras escenográficas. Eso es lo que nos ha venido sucediendo hasta la actualidad y prácticamente en toda nuestra historia patria. Necesitamos figuras negras, sí, pero de pensamientos y acciones coherentes con nuestra verdadera historia de opresiones y resistencias, de luchas y omisiones, de represiones y crecimiento. Necesitamos que lleguen a las estructuras de poder aquellos aptos para desplegarse como sujetos sociales colectivos, herederos de Aponte y los Maceo, de Quintín Bandera y los Independientes de Color, de Mariana Grajales y María Cabrales, de las afrofeministas de todas las épocas y de nuestras y nuestros desterrados afrocubanos durante estas cinco décadas.

Pasó el tiempo de la espera. Este tiene que ser el tiempo de las definiciones y de las acciones para que, finalmente, las próximas generaciones disfruten de tiempos de la genuina realización. No puede haber términos medios, no caben contemplaciones conformistas con intentos justificativos al estilo de: «Bueno, al menos es algo», «No se puede negar que estamos mejor que ayer» o «Los negros nunca habíamos estado mejor que ahora».

Frustrados afrocubanos, oficialistas y contestatarios

A la población negra cubana siguen intentándonos amordazar el pensamiento cuan-

do no nos lo pueden enajenar. Siguen asesinandonos cuando no nos pueden debilitar. Siguen desterrándonos cuando no nos pueden acallar. Siguen atrapándonos en estereotipos cuando no encarcelándonos en las numerosas prisiones a todos los efectos casi erigidas para nosotros en la Isla. Continúa el desprecio, ocultamiento y tergiversación de nuestra historia. Nuestras hijas e hijos son lanzados a la prostitución en brazos de depredadores y decadentes colonialistas europeos, estimulados los compradores de sus cuerpos por la publicidad de las nacionales compañías turísticas, y condicionados nuestros descendientes por sus paupérrimas condiciones de supervivencia. En esta situación: ¿por qué tendríamos que esperar? ¿Por qué tenemos que considerar y cuidar los beneficios de quienes nos someten, y no pensar en los que pudieran ser los nuestros? ¿Qué es eso tan especial y preciado que nos dicen tenemos que agradecerles? ¿Podremos confiar en que estos dirigentes negros, ahora promovidos, van a encauzar nuestras frustraciones y apoyarnos en la búsqueda de soluciones? Recordemos: sólo por ser negros no están investidos de conciencia etno-racial. Si la tuvieran y han recibido esa promoción, han sido hasta el momento unos farsantes o, en su lugar, han actuado camaleónicamente, pues el régimen no les hubiese incorporado desde actitudes conexas con sus orígenes, coherentes con el sentir y el malvivir de sus gentes. Entonces: ¿cuáles elementos nos moverían a pensar que tendrían otras actitudes ahora?

La población negra no hemos sido elemento marginal, sino pionero, en la conformación de una cubanidad a la cual hasta hoy sustentamos productivamente. No es poco ni despreciable nuestro aporte cultural, político, militar, intelectual, ético, filosófico. ¿Por qué permitir situarnos en la posición de recibir migajas? La liberación es un proceso conscien-

te y responsable, que exige firmeza y coherencia. Es accionar que llevan adelante por sí los oprimidos; nunca es regalo de los opresores, y eso han venido siendo hasta el presente los dirigentes revolucionarios. Como precisan los historiadores afrocubanos Iván César Martínez y Juan F. Benemelis, se concibe cada pequeño espacio en que nos movemos los integrantes de la nación como donados, lo cual es muy significativo, pues indica que en su mentalidad no se nos concibe como sujetos sociales, sino como pasivos objetos receptores, a la espera de su misericordia.

Por eso, por nuestras frustraciones e inconformidades pasadas y presentes, siempre en ilación, sin importar la filiación política que manifestemos, coexisten la oficialista *Cofradía de la Negritud* y las contestatarias *Fundación Afrocubana*, *Movimiento de Integración Racial "Juan Gualberto Gómez"* y el *Comité Ciudadanos por la Integración Racial*, porque en contradicción con lo que afirma algún intelectual negro emigrado, a los afrocubanos sí nos interesa la política, y oportunamente para los opresores de todos los tiempos e inconvenientemente para nosotros, de manera consecutiva hemos sido excluidos de su ejercicio oficial.

El racismo es un conflicto político

Quienes, además del color epitelial y la fisonomía que nos identifica como personas negras, tenemos conciencia de tal y responsabilidad para el accionar, sabemos claramente que todo conflicto etno-racial es un conflicto político, y que su solución no sólo pasa por la impugnación desde la política, sino que los sectores etno-racialmente discriminados tienen que formar parte de la estructura política y contender a favor de los discriminados. Quienes por el exterior afirmen lo inverso, sin importar el régimen al que intenten justificar,

no son más que ejemplos de seres colonizados, de traidores de la que deberían considerar y sentir su gente, y no pocas veces impostores que responden a sus egoístas intereses.

No se ha enfrentado nunca el problema negro cubano, lo cual es mucho más que una expresión: es un sistema en su integralidad, no sólo de prejuicios y costumbres, como se pretende hacer ver y creer, sino de (anti)valores y de prácticas correspondientes, que afectan toda la vida de los individuos y de su comunidad incluso desde antes de su concepción, porque este problema ha persistido durante cinco siglos y suman ya decenas de generaciones transmitiéndose y reproduciendo, por obligación, la precariedad de sus vidas y sus vidas en precariedad.

Este no constituye un juego de palabras, sino representación verbal de la afrenta cotidiana para millones de cubanas y de cubanos, descendientes de quienes pagando el altísimo costo de sus vidas han producido la riqueza de esta sociedad y ganado su independencia. En el problema negro ninguna pieza del engranaje es decorativamente aditiva: todas son fundamentales e interdependientes.

Esa es verdad para decir en el escenario nacional, claramente, en voz alta y sin miedos, como corresponde, y sin que por ello seamos objetos, como siempre ha venido sucediendo, de represalias. El problema negro cubano no es una implantación, sino manufactura propia. No llegó con las tropas estadounidenses; estaba aquí y las condiciones continuaron siendo cuidadosamente amparadas, alimentadas y afirmadas para su conservación. Por ello nos asesinaron a Antonio Maceo en la guerra por la independencia, y a sus seguidores, los Independientes de Color, en los inicios republicanos. Por eso nos enloquecieron a Walterio Carbonell y enviaron a prisión a tantos sindicalistas e intelectuales negros, en el perio-

do castrista. Por ello acosan a los raperos antisistema y a los activistas civiles afrocubanos.

El problema negro cubano prosigue sin resolverse y, hasta el presente, sin que observemos ánimo manifiesto por parte de los gobernantes para afrontarlo. Ese es verdaderamente, como el colonialismo racista y jerárquicamente racializado que le originó y sustenta, uno de los problemas cardinales de la Cuba del siglo XXI. Ya su tratamiento no pasa por la tolerancia, ni siquiera por la comprensión. Tiene que anclar en la indiscutible participación y no puede ser de otra manera que en todos los niveles y ángulos de la sociedad, y en equitativas y veraces proporciones. Si la economía preocupa y asfixia a los blancos-criollos, ahora sin más salvavidas que el del gobierno bolivariano de Hugo Chávez, las consecuencias de la atrofia sobre la cual naciera nuestra nación, en base a la cual naciéramos como país, ha estrangulado a la población negra-mulata por cinco siglos.

Es tiempo no sólo de reconocerlo, todos, públicamente, sino de desestructurar la compleja, caduca y enfermiza institucionalidad que permite la perdurabilidad y reproducción de las asimétricas relaciones raciales. Curitas y ungüentos —y eso representan las escenográficas figuras negras promovidas al Comité Central del Partido— no son la solución, sino otro recurso de prorrogación de la agonía que suscita la inercia, un subterfugio para no arremeter contra este fundamental trauma nacional. Precisamente porque lo saben, eso es lo que nos dan los hermanos Castro Ruz, que están despertando ahora a la realidad de que, en el mundo moderno, no está bien visto ser racista.

Necesidad de verdaderos líderes afrocubanos

Necesitamos dirigentes no exclusivamente negros, sino afrocubanos, es decir: con conciencia de quienes son, de su origen e historia

y de la situación de su gente; con voluntad y protagonismos reales para actuar en consonancia. Necesitamos afrocubanos empoderados, haciendo por sí, que es hacer en aras de la construcción de la nación cubana plena. No necesitamos dirigentes negros que se manifiesten en contra de la que debería ser comunidad.

Necesitamos líderes cívicos y no jefes. Les necesitamos con la urgencia de los tiempos, con la claridad intelectual suficiente para comprender que los problemas de los subalternos son siempre de contenido político, que el problema negro, de larguísima data histórica y de vigencia injustificable, es un asunto político de extrema densidad, que tiene que figurar en todas las agendas porque su trascendencia alcanza todos los niveles y todas las aristas sociales. Para que sean efectivos, necesitamos dirigentes negros con poder y autoridad que no respondan como seres psicológicamente colonizados y, por tanto, coartados y coartables.

El poder blanco-criollo ha nacido sobre nuestras espaldas de negras y negros esclavizados, y se ha solidificado en sus batallas en contra de nosotros, siempre forzados a la subalternidad. Reconozcámoslo: llevamos cinco siglos de guerra política, aunque no hemos sido mayoritariamente conscientes y nos la han tergiversado, desnaturalizándonos la mirada y comprensión de esta realidad.

En las sociedades indoafroamericanas toda lucha de clases pasa, imprescindiblemente, por la desestructuración del (des)orden racializado, racista y jerarquizado que nos han impuesto. Que lo comprendieran muchos de nuestros intelectuales y activistas cívicos cubanos, de la época formalmente colonial al presente, les ha costado la exclusión por insilio o por destierro, y a todos nos sigue costando la muerte social.

La historia la hacemos todas y todos pero continúan, también en Cuba, escribiéndola

los que retienen el control del poder. En la historia escrita de la nación cubana, negras y negros seguimos siendo segundones y bufones, fácilmente excluibles y ampliamente excluidos. La relectura que desde los subalternos hiciera el historiador y abogado afrocubano Walterio Carbonell, pese a su manifiesta proyección comunista, prosigue como la gran ausente en la selectiva historiografía nacional. Lo mismo sucede a los aportes realizados por los historiadores afrocubanos Juan F. Benemelis y Carlos Moore.

La nueva hornada de intelectuales afrocubanos que produce sobre temática racial, incluso entre los oficialistas, prácticamente carece de repercusión interna. A los negros se nos reconoce en el cuadrilátero boxístico —parece decirnos la blanca-criolla-antinegra academia— no en los elitistas círculos intelectuales.

Poder castrista: negrero, negrofóbico y comunista

Los cuestionamientos y las increpaciones de personas negras al poder castrosocialista resultan más sorprendentes a sus detentadores y se consideran más insolentes que las formuladas por cualquier otro sector social, a un gobierno que todo lo ha dispuesto para recibir encomios y sólo acepta elogios y aplausos. Por eso se ha asegurado de invisibilizar a la diáspora afrocubana. Por eso el irrespeto de Fidel Castro ante el brigadista negro apresado en Playa Girón. Por eso la crueldad de sus respuestas a disidentes y opositores negros-mulatos, incluso si son mujeres, a quienes se denigra e insulta calificándoles de delincuentes y negras monas.

En la lógica del negrero no nos perciben como no sea sometidos y genuflexos, por lo cual esperan y exigen agradecimiento. Personas negras absteniéndose de ejercitar el sen-

tido crítico, en poses de sometimiento, genuflexiones y agradecimiento son las escasísimas que hemos visto en estos cincuenta y dos años en alguna posición de privilegio, que no de poder. El negro bueno ayer, transformado en el negro revolucionario hoy, es el que piensa como blanco, reniega de sí, ríe ante el chiste antinegro y huye de su gente. El incondicional del antinegro poder, ante el cual se somete y, si es preciso, va en contra de su gente incluso para reprimirla, es el negro que, en reciclaje del bufo del Teatro Martí, imita al actor blanco que se tiñó las partes visibles de cuerpo de color negro, en representación burlesca del hombre negro cubano.

Semanas previas al VI Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC), paralelo a detenciones policíacas arbitrarias y a muy menudados intentos de mítines de reafirmación revolucionaria, individuos de cuya honestidad es probable desconfiar, todos blancos y militantes del PCC, comenzaron a circular una afirmación que traía implícita una transmisión de temor: «Hay que tener cuidado. Ahora los negros quieren aprovechar para tomar el poder». Nada de ingenuidad había en la aseveración. Los gobernantes racistas antinegros utilizaban un viejísimo mecanismo de control social: la negrofobia, que antes actualizaron en la academia y ahora activaban en las calles.

Es interesante que, de sectores sociales tradicionalmente discriminados, sometidos, excluidos, vilipendiados, se suele periódicamente inducir a creer a la colectividad que aquellos quieren apropiarse del poder. Por décadas, y en los espacios más increíbles, también en la Cuba de los Castro, se ha rumorado que los judíos tienen montada toda una «conspiración internacional, porque a ellos lo que les interesa es el poder mundial, por eso ya tienen tanto poder en Estados Unidos; con esa gente hay que tener mucho cuidado».

Este fue el alerta que me hiciera en el verano del 2003 un antropólogo fidelista y militante del PCC; con seriedad, discreción y en voz baja, llevándome aparte. Aclaro que el señor no tiene rasgos de demencia. Todos saben el valor de las palabras, de las entonaciones, de las atmósferas: «La palabra salva, la palabra mata», reza un proverbio africano ampliamente aceptado por los afrocubanos. Posiblemente ahora el colega ande diciendo a otros algo similar sobre afrocubanas y afrocubanos, con fingida discreción, como un alerta de salvación nacional.

Los antecedentes inmediatos a la reactualización negrofóbica no eran dominio del gran público, pero existían y para el poder han sido verdaderamente preocupantes. La Primera Asamblea por los Derechos Cívicos de los Afrocubanos abría el camino a la realización del Foro Raza y Sociedad. Mujeres negras expresándose como feministas y diferenciando abiertamente su feminismo del oficialmente presentado en los últimos años, protagonizado por unas profesionales blancas que desconocen a sus congéneres negras-mulatas y las particularidades de sus necesidades. Artistas negros señalando con su arte la situación de inequidad etno-racial en detrimento de la población negra; la sucesiva aparición de organizaciones en las que se han nucleado interesados en la situación de asimétricas relaciones etnoraciales; la solicitud de espacios públicos de debate sobre el tema; todo ello inquietó a los gobernantes del moribundo régimen, que no necesitan negros insumisos y menos en franca posición de avance hacia la ofensiva, de donde pudiera emerger un verdadero liderazgo afrocubano.

El dolor y el sufrimiento no son medibles, pero sí lo son el espacio y el tiempo. Si calculamos la cantidad de tiempo que llevamos sometidos y humillados, utilizando en esa ecuación

otros factores como nuestra presencia en todo el territorio nacional y el aporte en densidad cuantitativa y cualitativa a la colectividad nacional; si observamos que hemos estado de manera consuetudinaria marginalmente situados dentro de lo que insisten en denominar etnos cubano, estaremos en condiciones de tener una idea del dolor y del sufrimiento que ha costado / cuesta a generaciones de cubanos negros la antipatía, el desprecio, el menosprecio, la fobia y la hostilidad que les / nos manifiestan los cubanos blancos.

La indiferencia implícita de las personas blancas hacia el racismo, criticado por intelectuales y profesionales de los medios de comunicación, en la Europa globalizada que explota y margina por igual a la población inmigrante negra, es una realidad en la Cuba revolucionaria negra-blanca. En la vieja y racista Europa pueden, no obstante, darse esos debates, no en la Cuba integrada y crítica de las injusticias ajenas, donde se permite que funcionarios internacionales vengan a decirnos a los negros cubanos cómo tenemos que pensar, sentir y actuar, además de calificar conclusiva y atrevidamente nuestro tipo de racismo.

Castrismo, racismo y caricatura de integración racial

Todo en la Isla se ha mantenido estructurado para reproducir el racismo antinegro, para mantener alejados del poder y de sus beneficios a la población negra. Con ese fin, los medios de comunicación han sido valiosos instrumentos del poder. La ausencia de la población negra o su representación en roles denigrantes han sido constantes favorables a la jerarquización racial y, por consiguiente, al sostenimiento de las asimétricas relaciones inter-raciales. El uso de las fuerzas represivas, con cuantitativa presencia negra en las bases y

subrepresentación en su más alta oficialidad, induce a la idea de minusvalía en la población negra. El empleo de esas fuerzas represivas en contra de la población negra, cada día más notable, es otro elemento actuante en igual dirección, a la par que estimula la desunión entre negros-mulatos, y, como es sabido, este es factor imprescindible para mantener a cualquier sector atrapado en la opresión.

Los hilos del poder, de sus mecanismos reproductores y de su instrumental opresivo, son tan sutilmente elaborados y entretejidos, que en demasiadas ocasiones los afectados no los percibimos y, de hacerlo, se nos dificulta encontrar su guía, lo cual es vital para desembarañarlos, quedando sujetos aún si deseamos nuestra liberación. Que acciones, consecuencias e imágenes constituyan un marco de imprescindible unicidad en el proceso liberador, individual y colectivo, no significa que las dos últimas carezcan de valores por sí. Las imágenes pueden actuar como material discursivo, generadoras de ideas y dinamizadoras o subrayadoras de estas, lo cual se proyecta en el inconciente condicionando actitudes.

En una población acostumbrada a las imágenes blancas de los representantes del poder, que no concebía y todavía no entiende la llegada de un presidente negro a la Casa Blanca, que prosigue sin concebir una intelectualidad afrocubana y reincide en su idea de que la gesta independentista de Cuba, en todos los tiempos, ha sido obra de los blancos, resultará interesante atender a sus reacciones ante los nuevos miembros, negros, del Comité Central del PCC. ¿Lo considerarán traición al Partido o del Partido? ¿Lo tomarán como humillación a la patria blanca y de ascendencia hispana? ¿Abandonarán la organización partidista? En fin: ¿qué les sugerirá lo que quizás interpreten como un desliz de unos hermanos octogenarios?

Entre la población negra ya se vislumbran varios posicionamientos. Comienzan a aparecer los que aseguran que ahora sí, algo está cambiando; este es un primer paso, no se desesperen. Otros, sin embargo, dicen no saber qué pensar, pues, después de todo, ahí estaban Juan Almeida, Esteban Lazo y nada pasó, nosotros seguimos igual. Algunos intelectuales afrocubanos opinan que hay que ver, hay que saber qué va a pasar detrás de esto, pero ningún sector está deseoso de opinar o no se atreve, consciente de las implicaciones que pudiera acarrearle.

En Cuba: ¿llegan los negros al poder?

Ansiosos y necesitados de unas mejorías económicas cuya visibilización el general-presidente aseguró que tardará al menos cinco años, conscientes de que todo sigue igual, ya ni les importa el color de los dirigentes. Además de la realidad que tantos en el exterior, incluso conocedores de Cuba y del agotamiento de su gentes, deciden ignorar o intentan no comprender, lo cierto es que la mayoría de los cubanos y cubanas dentro de la Isla desconocen el incremento de la presencia negra en el Comité Central, pues no vieron el acto de clausura ni leen un periódico que habitualmente nada nos informa.

La presencia negra en el Comité Central del PCC no va a coadyuvar a quebrantar y dismantelar la estructura racializada y racista del (des)orden político, económico y social. Su presencia no está concebida como una fuerza interna de oposición a las omisiones, desaciertos, anacronismos y disparates gubernamentales; tampoco está pensada como un real balance dentro de la estructura de poder. Esa presencia negra es, más que cualquier otra de la mencionada estructura, especialmente decorativa, pensada para abultar estadísticas

ofrecidas a los organismos internacionales, que miran con lupas las cifras como índices indicadores de avances o de retrocesos, tantas veces sin hurgar en las interioridades. Su presencia es un sofisma, una fácil y frágil argucia; es el intento de evasiva ante una población afrocubana que comienza a ser especialmente molesta al blanco-criollo poder, que ya la anunció públicamente como uno de sus próximos objetivos de represión.

La presencia negra en el Comité Central no ha sido pensada como incorporación de este amplio y en crecimiento sector etno-racial. No es un potencial de transformaciones radicales, no implica energía ni liderazgo, no significa un cambio en contenido y forma política. Su disposición decorativa ha sido pensada para mantenernos realmente alejados del poder, para intentar presentar a los activistas afrocubanos como agentes enemigos, traidores a la nación, individualidades con delirio de protagonismo y anexionistas, argucias todas tradicionalmente empleadas en una guerra política siempre colmada de ataques personales y descaracterizadores de sus verdaderos objetivos.

Cuando excepcionalmente nos han mencionado al historiador afrocubano, desterrado, Carlos Moore, lo han hecho calificándolo de agente de la CIA; cuando excepcionalmente nos han mencionado al historiador afrocubano, desterrado, Juan F. Benemelis, ha sido intentando desprestigiar su sólida, heterogénea y notablemente prolifera producción intelectual; cuando excepcionalmente nos han mencionado al filósofo afrocubano Enrique Patterson, le han asociado como asalariado del gobierno estadounidense. Ese es el estilo: infamia y estigma al que no se le puede rebatir y no se permite que el resto escuche o lea sus discursos y conozca sus acciones. Se nos irrespeta y polariza conscientemente, en beneficio

del poder castrosocialista-blanco-criollo-antinegro.

Promoción de cubanas negras al Comité Central

Que la incorporación de población negra sea fundamentalmente femenina, está pensado en la lógica de la jugada perfecta. Desde la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer (Pekín, 1995), organizada por la Organización de Naciones Unidas, quedó formalmente establecido lo esencial: los derechos de la mujeres son derechos humanos y los derechos humanos son, asimismo, derechos de las mujeres. Con anterioridad, el *boom* liberador de las mujeres en los '60 y '70 condujo a hacernos espacio en las Naciones Unidas para determinar y promover sus avances y criticar a los gobiernos que los limitan, entorpecen o niegan. Este 2011, la agencia ONU-Mujer, dirigida por la expresidenta chilena Michelle Bachelet, debe afianzar el trabajo internacional.

Desde que a finales de los '70 surgieran las primeras organizaciones internas opositoras e ilegales, de vigilancia y denuncia de las violaciones de derechos humanos, y años después se iniciaran aisladas pero persistentes críticas internacionales hasta llegar a los intentos de acusaciones en Naciones Unidas, ha venido preocupando y ocupando a los hermanos Castro Ruz su posible descrédito internacional.

Cuba tenía el paraguas protector del campo socialista, con el que compartía la falta de libertades internas y la distorsión de los parámetros internacionales de medición del progreso, el estancamiento y el retroceso. Quiéralo o no, la soledad política y precariedad económica del gobierno castrosocialista ha forzado a realizar algunas modificaciones. Este es, a rápidos rasgos, el cuadro general de análisis de la subrayada incorporación de mu-

eres negras al Comité Central del PCC. Por ahí se inscriben la limitadísima autorización del cuentapropismo y la ficticia, caricaturizada e increíble creación de la sociedad civil revolucionaria y también cierta momentánea tolerancia hacia algunos elegidos manipulables en todos los sectores sociales. En estos órdenes (derechos humanos, derechos de las mujeres, relación con los organismos internacionales) clasificaría la controlada presencia negra en la estructura partidista, especialmente de mujeres negras, que pudiera estar de paso intentándose como respuesta al auténtico neofeminismo que en los últimos años se va desplegando y se aplica para ganar terreno en caldo de cultivo propicio para conseguirlo.

Investigadores oficialistas manifiestan que la pobreza en Cuba se viste de mujer, de niño, de anciano y de negro. Imaginemos entonces la situación de niñas, mujeres y ancianas negras, doblemente discriminadas, por género y raza, con el nada despreciable agregado discriminador de la posición clasista. Un grupo de elegidas, leales e incondicionales mujeres negras, que significan la negativa de la afrocubana, forma parte del diseño del poder para presentarlas al mundo al tiempo que para lanzarlas en contra de las que deberíamos ser sus hermanas naturales. Lanzar a subalternos contra subalternos no es una novedad y ha sido recurso abiertamente empleado por los hermanos Castro Ruz. Las elegidas, en su arrogante superioridad, asegurarán ellos, deberán mostrarse agradecidas; las reprimidas, deberán inapelablemente replegarse.

Tal es la táctica empleada por los Castro para visualizar a más largo plazo, si lo comparamos con su aplicación exitosa del divide y vencerás, pero sin que dejen de combinarse. En conjunción de etnocentrismo, racismo antinegro, machismo y partidismo político pueden estarnos creando un monstruo en el interior

de las futuras luchas reivindicadoras de la población afrocubana y de las neofeministas, que tendremos que librar en todos los frentes.

Los Castro Ruz intentan su sobrevivencia político-ideológica en una era post-Castro y, ya que ellos personalmente no podrán librar esas batallas, nos crean y siembran desde el presente a quienes actuarían como sus garantes negros y negras frente a un futuro de posible democracia, en el cual la población afrocubana tiene que posicionarse, por fin, políticamente, con poder verdadero, para beneficio de sí y de la nación toda.

Para que así sea, tendrá necesariamente que desasirse del castrismo. Conscientes de que la historia no les va a salvar, pretenden preestructurar su salvación ellos mismos: ¿qué actor social más favorecedor que uno tradicionalmente desfavorecido?, ¿cuál sector inspirador de más sensibilidades que el de las mujeres negras, especialmente en tiempos de afrofeminismo con articulación internacional? Entonces, si el poder va a desplazarse de sujetos sociales, si es que ya no podrán retenerlo en su totalidad y estarán forzados a ceder al menos una parte, lo mejor para ellos es que no vaya a manos verdaderamente reivindicadoras que les van a condenar desde la radicalidad de sus actos, sino a quienes les devengarán agradecimiento eterno, los Tío Tom salvadores del alma del hombre blanco, aunque sea al precio de la suya.

No quiere decir que debemos condenar a esas mujeres a ultranza, sino que debemos estar alertas, en búsqueda constante de la posible identificación de los hilos que el verdadero poder, que no son ellas, mueven tras bambalinas, procurando identificar sus colores y el tipo y densidad de sus tejidos, buscando la guía que nos conduzca al inicio para cuidarnos individual y colectivamente, sin las ingenuidades de 1868, 1895, 1902 y 1959, sin dejarnos atra-

par por el temor como consecuencia del terror de 1912. Temor y terror, desprestigio y estigmatización, han sido los factores de la perversa ecuación que sistemáticamente han venido empleando en contra de los afrocubanos.

Sí, los afrocubanos queremos participación política

Que las ingenuidades no nos permitan quedar atrapados y victimizados en esa ecuación. Que por su cotidiana utilización no llegue a parecernos normal. Que la comprensión individual y colectiva de que todo no son más que estratagemas del poder, para perpetuar su dominación antinegra, nos fortalezca y actúemos con consciencia, consistencia, coherencia y responsabilidad, sin hacer el juego de ir unos contra otros ni satanizar a los asustadizos figurines negros y negras que vimos en fotos. Al asumir conciencia y responsabilidad nos aprestamos a la verdadera búsqueda del cambio estructural y a emprender prácticas no racializadas de relacionarnos y de organizarnos.

Se tacha de racista tanto a los gobernantes, que amplía y visiblemente ejercen el racismo, como a los que lo toleran con su inacción. Si a corto plazo no vemos a este Comité Central, ahora con pronunciada presencia negra, abogar por una legislación que valide y proteja los derechos de la gente negra, si no les vemos gestionar medidas concretas que nos protejan de la injusticia histórica, sabremos sus verdaderas mañas y sus reales objetivos.

Hasta hoy el poder en Cuba está estructurado de manera que, sabiéndose o no, beneficia a las personas blancas en detrimento de las otras. Con la presencia negra en el Comité Central, ¿esto cambiará? Si esas personas nada hacen, o es muy poco y carente de importancia, tal cual funciona esa entidad, difícilmente puedan plantearse el activismo y hacerlo de

verdad. El Comité Central seguirá operando como estructura de poder racializada y anti-negra por su inacción, aunque siga incorporando personas negras.

Para que queden aclarados los rumores, de pasillo, de barrio y de corrillos internacionales, digámosles claramente a los preocupados y a los preocupados y ocupados nuestras verdades, esas de las cuales, a diferencia del general-presidente, no tenemos motivos para avergonzarnos, porque son legítimas.

Sí, ciertamente, a los afrocubanos nos interesa la política. Por eso tuvimos en su momento histórico un Partido Independiente de Color, cuando fuimos excluidos de los inicios republicanos; por eso entre nosotros, dadas las circunstancias de marcadas desigualdades etno-raciales en el disfrute de las riquezas, hay quienes quisieran la reedición de ese partido, cuando el único legal, el comunista, nos utiliza en los sacrificios y nos excluye en los beneficios.

Sí, ciertamente, los afrocubanos queremos la cuota de poder que nos corresponde como pioneros fundadores de la nacionalidad, como coprotagonistas de la cubanidad que nunca hemos detentado. Únicamente cuando participemos realmente del poder vamos a participar por igual que el sector etno-racial blanco para tomar decisiones que repercutan sobre todos con los beneficios que conceden las riquezas de todo tipo.

Eso es lo que queremos y en base a lo cual ya trabajamos, en soledad, porque como sujeto colectivo los blancos-criollos nunca han sido nuestros aliados, aunque sí contamos con el apoyo y el esfuerzo compartido de cubanos blancos conscientes y responsables de su accionar como sujetos nacionales. Estamos a un año de conmemorarse el centenario del asesinato en masa de nuestros más organizados predecesores: los Independientes

de Color. Queda en manos del blanco-criollo-antinegro poder real decidir si nos masacrará a todos los afrocubanos, si preventivamente nos encerrará en las prisiones o finalmente actuará con responsabilidad histórica y se desestructurará por sí, dejando el camino a la nueva Cuba que no nos ha permitido ser. Queda en manos de negros y negras recién incorporados a ese Comité Central definir y decidir qué actitud adoptarán hacia los afrocubanos y afrocubanas: si serán nuestros aliados, si mantendrán una imposible neutralidad o si actuarán como nuestros enemigos, traicionándose a sí mismos.

Organizados o como independientes, afrocubanas y afrocubanos vamos a continuar con nuestra faena, revirtiendo el sentido del fatalista callejero decir de tantos de nuestros hermanos y hermanas de raza, culturas e historia, esto es lo que nos toca. Vamos a cambiar el sentido de inercia que transmiten con esa frase, porque lo que ahora nos toca es pensar con independencia, hacer con creatividad y justeza, crecer como seres descolonizados, emanciparnos como sujetos sociales: empoderarnos, haciendo honor a nuestra historia de resistencia y rebeldía, hasta el presente silenciada o tergiversada, cuando no omitida.